

lles... Y además, era escaso; la ilustración no era popular, y como sólo las muchedumbres, ligeras quizás, pero francas, son capaces de clamorosos arrebatos, una cultísima sonrisa, una silenciosa admiración recompensaban á los autores y actores más famosos. Pero tiempos diferentes han venido; la revolución abrió las esclusas del libre pensamiento; la ilustración se hizo más vulgar, si menos esclarecida, y al calor de las nuevas ideas brotaron ingenuos entusiasmos... El teatro experimentó la influencia de esta sacudida y de la nueva ilustración; de las comedias sin acción, que eran como visitas en tres actos, volvió á los dramas caóticos y extortóreos, y el público inmenso que llenaba teatros por horas y teatros por noche, aplaudía fréneticamente, orgulloso de su espíritu regenerado. Lo que debía suceder sucedió; los autores y actores que interpretaban el impetuoso y desordenado sentir de la revolución, esos fueron los preferidos... Los mejores, que apenas conocía, que no había podido apreciar antes, quedaron como olvidados... A la parsimonia del público cultísimo, pero hipócrita, de las obras de Ventura, Aya-la y Tamayo, incapaz de romper un par de guantes en sus mayores paroxismos, sucedió

el palmotear, como de energúmenos, de un público para el cual todo lo que era gigantesco era sublime. Y la esencia del poema dramático varió... No se ideó por la belleza de la idea, ni se construyó por la armonía de la construcción, ni se versificó por evidenciar concreta y artísticamente los pensamientos naturalmente deducidos de la obra, se ideó, se construyó y se versificó para sumergir en la estupefacción al público, amante de la literatura, no profundo en ella... Y fué cada redondilla un desplante y cada drama un terremoto moral. Al autor no le satisfacen ya las sonrisas; ya nadie sonríe; quiere el aplauso cada cuatro versos; la vociferación á cada escena; el *delirium tremens* al concluir la obra; las antorchas triunfales después. En 1860 había demasiado juicio; en 1880 ninguno.

Quien estudia las obras de Tamayo y ve dominando en ellas todas las cualidades madres del teatro; esas que no se pierden, que no se gastan, que no se olvidan, que forman la dichosa armonía de todas las potencias sensibles é intelectuales de la naturaleza humana, independiente de las variaciones del tiempo y del gusto; quien compara las estatuas labradas por él con los bloques de su magnífica cantera

por labrar, no puede menos de decir: «El autor de *Virginia*, de *La Ricahembra*, de *La locura de amor*, de *La bola de nieve*, de *Lances de honor*, de *Los hombres de bien* y de *Un drama nuevo*, es un autor... malogrado.»

Una observación, para concluir... Paréceme que se ha confundido en Tamayo lo religioso y lo político. Leídas sus obras con atención, difícil sería afirmar sus opiniones políticas. Más bien parece no tener ninguna; más bien parece que de clasificar á los políticos, los clasificaría á todos, sin distinción, entre... *los hombres de bien*. ¡Oh! ¡Si Tamayo hubiese sido Ministro, Presidente de las Cortes, notoriedad siquiera de un partido! Pero él no ha explotado á ningún partido; no hay, pues, donde clasificarle.

Dejémosle con su genio, con su saber, con su modestia, entre su familia, sus amigos, sus libros, y tal vez sus melancolías de autor sin actores y sin público...

Y dejémosle allí, sin pesar.

Dicen que es dichoso.

